

DIÁLOGO: CUERPOS TRANSGÉNEROS

COMO SUJETOS DEL FEMINISMO:

CONVERSACIÓN Y ANÁLISIS SOBRE

LA INCLUSIÓN DE PERSONAS Y

POLÍTICAS TRANS EN EL MOVIMIENTO

FEMINISTA NICARAGÜENSE

DIALOGUE: TRANSGENDER BODIES AS

SUBJECTS OF FEMINISM: A CONVERSATION

AND AN ANALYSIS OF THE INCLUSION

OF TRANS PEOPLE AND POLITICS IN THE

NICARAGUAN FEMINIST MOVEMENT

Silke Heumann¹

Ana V. Portocarrero²

Camilo Antillón Najlis³

***En diálogo con María Teresa Blandón, Geni Gómez,
Athiany Larios, Ana Quirós y Juana Urbina***

Fecha de recepción: 28/08/2018

Fecha de aceptación: 18/10/2018

1 International Institute of Social Studies (ISS), The Hague of Erasmus University Rotterdam (EUR). Email: heumann@iss.nl

2 Universidad Centroamericana -UCA- Nicaragua. Email: aportocarrero@uca.edu.ni

3 Universidad Centroamericana -UCA- Nicaragua. Email: camilo.antillon@uca.edu.ni

RESUMEN

La proliferación de nuevas subjetividades reclamando un espacio dentro del feminismo ha complejizado debates respecto al “verdadero” sujeto y “naturaleza” de la política feminista. Este diálogo realizado en Managua, Nicaragua en 2015, con feministas cis y transgénero, aborda la inclusión de personas trans en el movimiento feminista, centrándose en cuatro temas: relación entre cuerpos, posición social y subjetividad; políticas y performatividad de género; inclusión de cuerpos trans en espacios feministas; puntos de convergencia entre ambos grupos. El diálogo propone abandonar nociones esencialistas de la sexualidad para entender de forma más sensible e interseccional la operación del poder heteropatriarcal.

Palabras clave: movimiento feminista, movimiento trans, feminismo

ABSTRACT

The proliferation of new subjectivities claiming a space within feminism has added complexity to debates regarding the “true” subject and “nature” of feminist politics. This dialogue held in Managua, Nicaragua in 2015, with cis and transgender feminists, addresses the inclusion of trans people in the feminist movement, focusing on four themes: relationship between bodies, social position and subjectivity; gender politics and performativity; inclusion of trans bodies in feminist spaces; points of convergence between both groups. The dialogue proposes abandoning essentialist notions of sexuality to understand in a more sensitive and intersectional way the operation of heteropatriarchal power.

Keywords: feminist movement, trans movement, feminism.

Introducción

Veinticinco años después de *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad* (1999[1990]), de Judith Butler, la cuestión de la mujer como la “sujeta” del feminismo sigue siendo motivo de debates entre distintos movimientos feministas alrededor del mundo. Al mismo tiempo, la proliferación de nuevas subjetividades que reclaman un espacio dentro del feminismo ha puesto de relieve y ha complejizado los debates respecto al “verdadero sujeto” y la “verdadera naturaleza” de la política feminista. Este diálogo pretende abrir un espacio para conversar sobre redefiniciones del feminismo más sensibles a la diversidad y al carácter interseccional del poder. Trata específicamente sobre la inclusión de personas trans en el movimiento feminista, analizando las ideas y experiencias compartidas por feministas nicaragüenses cis y transgénero en un diálogo desarrollado en Managua, Nicaragua en febrero de 2015. La idea de este diálogo surgió de nuestras conversaciones como académicas y activistas comprometidas con los movimientos feministas, lésbicos, gays, bisexuales y trans en Nicaragua, e interesadas en entender las relaciones de poder y las prácticas de exclusión que se producen en grupos y movimientos con objetivos emancipatorios.

La inclusión de personas trans en el movimiento feminista Latinoamericano ha generado acaloradas discusiones en las décadas pasadas. Fuertes voces han surgido, ya sea para defender la necesidad de abrir espacios para la diversidad de cuerpos e identidades de género interesadas en el feminismo, o para oponerse con vehemencia a su participación en espacios feministas. Resulta interesante que, en el caso del movimiento feminista nicaragüense, aunque podemos encontrar ambos tipos de opiniones, existen organizaciones feministas que trabajan con mujeres trans dentro del feminismo, y un importante número de personas trans participan en manifestaciones y actividades feministas. Por esta razón nos interesa particularmente entender el caso nicaragüense, con miras a identificar ideas y experiencias que puedan contribuir a la discusión sobre temas trans y feministas en América Latina.

Considerando la importancia que tiene la experiencia y el hecho de que estamos abordando un movimiento social, no quisimos tener una discusión puramente teórica sobre este tema sensible. En lugar de eso, tuvimos un diálogo abierto donde pudiéramos entender las ideas y experiencias de cada quien, y reconocer las fuertes emociones que evoca esta temática. Algunas de las preguntas que nos motivaban eran: ¿Qué hace que reproduzcamos—con frecuencia sin darnos cuenta—opresiones y exclusiones muy similares a las que con frecuencia combatimos conscientemente, y sobre las que somos críticas en otras instancias? ¿Como feministas, cómo podemos acercarnos a formas más inclusivas de lucha y de política?

Antecedentes

Los debates sobre la inclusión y exclusión en el movimiento feminista parecen emerger periódicamente, centrados en distintos sujetos, pero con el uso de argumentos similares. El debate sobre lo trans y el feminismo nos recuerda muchos debates anteriores: las “guerras del sexo” de los años 1980, los debates sobre las lesbianas y las mujeres de color en el movimiento feminista en los años 1970 y 1980, e incluso los debates en el feminismo del siglo XIX sobre la sexualidad y las campañas feministas contra el vicio (Alcoff, 1988; Thompson, 2002; Snitow, Stansell and Thompson, 1983; Vance 1993).

En América Latina, se puede trazar la trayectoria de estos debates a través de la historia de los Encuentros Feministas Latinoamericanos (EFLAC). A partir de su surgimiento en 1981, estos encuentros se han convertido en espacios muy conocidos y bien documentados de debate y articulación del movimiento feminista latinoamericano (Alvarez et al, 2002). En sus primeros años, estaban caracterizados por su fuerte relación con la izquierda y, al mismo tiempo, por su marginación dentro de la misma (Sternbach, Navarro-Aranguren, Chuchryk, and Alvarez, 1992; Heumann, 2014). Los encuentroslésbicos feministas (ELFLAC) se originaron en 1987 a partir de una ruptura con los encuentros feministas latinoamericanos, y también como resultado de la marginación y la falta de reconocimiento que las

feministas lesbianas percibían dentro del movimiento feminista (Mogrojevo, 2010; Riquelme, 2004). Desde el año 2000, debates reiterados y cada vez más intensos han emergido en ambos espacios respecto a la inclusión de personas trans en el movimiento feminista. El EFLAC decidió incluir mujeres trans (transgéneras de hombre a mujer) en 2005, pero la discusión sobre la inclusión de hombres trans (transgéneros de mujer a hombre) en 2014 derivó solamente en la creación de una comisión para revisar el asunto (Programa Feminista La Corriente, 2014; XIII EFLAC, 2014). Además, el VIII Encuentro Lésbico Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en Guatemala, en 2010, fue el escenario de un acalorado debate sobre el tema de la participación de lesbianas transfeministas en la reunión. En esta instancia, la inclusión de mujeres trans estaba fuera de toda discusión, mientras que la inclusión de hombres trans fue debatida, pero al final de cuentas rechazada, lo que llevó a un cisma entre las participantes y a la emergencia del Primer Encuentro LesBiTransInterFeminista en noviembre de 2012, en Paraguay (Ramírez Mateus and Castellanos Leal, 2013).

También en Nicaragua, los debates en torno a la inclusión trans han ganado centralidad en los espacios feministas (Blandón, Murguialday & Vásquez, 2011). Ejemplos de eso son las reuniones mensuales de discusión organizadas por el colectivo feminista “Aula Propia”, así como una serie de diálogos feministas que tuvieron lugar en la Universidad Centroamericana en 2013, bajo el nombre de “Diálogos Diversos”. Muchas organizaciones feministas han empezado a trabajar con poblaciones LGBT, a veces por convicción y a veces también porque estas poblaciones se han convertido en prioridad dentro de la cooperación para el desarrollo, como parte de la agenda por la salud y los derechos sexuales y reproductivos. Estos procesos han generado debates al interior del movimiento feminista respecto a en qué medida existe o no una identidad y una agenda política compartida. Estos fueron los debates que nos inspiraron a organizar nuestro propio espacio de diálogo y conversación sobre esta temática.

Consideramos pertinente abrir un espacio en el que académicas y activistas entren en un diálogo que contribuya a identificar y comprender las diferentes posiciones en relación con este tema, las

lógicas que subyacen nuestras prácticas y pensamientos, los temores que experimentamos, y las oportunidades que percibimos en relación con la inclusión de personas trans como sujetos del feminismo. Nuestro objetivo es promover, a través de esta discusión abierta, la generación de espacios más inclusivos dentro del movimiento feminista.

Metodología

Este diálogo está inspirado en los debates que hemos encontrado en esos diferentes espacios y aborda algunos de los puntos de discusión que identificamos, tales como la cuestión de la identidad, la relación entre la opresión de género y otras formas de opresión, particularmente aquellas basadas en la sexualidad y la clase, y el lugar que ocupa el cuerpo y la identidad en la política feminista, trans y queer (Butler, 1997, 1999 [1990]; Connell y Messerschmidt, 2005; Ferree y Roth, 1998; Halberstam, 1998).

A partir del interés que surgió en conversaciones entre nosotras tres, organizamos un diálogo con las siguientes activistas feministas nicaragüenses cis y transgénero:

María Teresa Blandón, Ana Quirós y Geni Gómez, feministas con una importante trayectoria en el país, líderes de las organizaciones La Corriente, CISAS y Grupo Venancia, que se han caracterizado por su apertura hacia temas de diversidad sexual y de género, y de sexualidad en términos generales, dentro del movimiento feminista.

Athiany Larios y Juana Urbina, activistas transfeministas que han participado tanto en el movimiento trans como en el movimiento feminista.

Dos personas participaron vía skype.

Es importante mencionar que este diálogo se desarrolló entre feministas transgénero y cisgénero que ya habían trabajado en conjunto, y no incluye las visiones de aquellas personas que se oponen por completo a este tipo de alianzas. Esta fue una decisión consciente, puesto que nos interesaba trascender las visiones extremas que ya han sido bastante abordadas, para comprender las tensiones y dilemas que experimentan aquellas personas que en principio están abiertas a trascender las miradas

esencialistas del género, la sexualidad y el feminismo.

Aunque teníamos una guía de discusión con algunos puntos de interés que habíamos identificado en otros espacios, el diálogo se desarrolló libremente. La conversación fue grabada y transcrita. Cada participante recibió una transcripción de sus propias intervenciones para que pudiera decidir si quería o no dar su consentimiento para publicarlas y si deseaba agregar, aclarar, eliminar o corregir algunas cosas. Posteriormente, la transcripción fue codificada en Atlas.ti, para identificar los principales temas y líneas de discusión. A partir de estos temas, la conversación original fue reorganizada y editada, procurando mantenerla tan cerca como fuera posible al debate original. Un borrador de la versión editada fue circulado nuevamente entre las participantes para su aprobación y comentarios. Esta retroalimentación fue integrada al documento.

La conversación está estructurada a partir de los principales temas que identificamos: (1) la relación entre los cuerpos, las posiciones sociales y las subjetividades, y cómo eso ubicaba a las mujeres trans dentro del feminismo; (2) el debate alrededor del performance de género de las mujeres trans y en qué medida se percibía qué compartían o desafiaban de una política feminista; (3) la cuestión de la inclusión en espacios feministas; (4) los múltiples puntos de convergencia que fueron identificados tanto por feministas cisgénero, como por feministas transgénero.

Finalmente, a esto le sigue un análisis que surgió de esos múltiples involucramientos en los procesos de preparar y participar en el diálogo, y reflexionar sobre el mismo.

El diálogo

Cuerpos, posiciones sociales y configuración de subjetividades: experiencias de opresión, resistencia o privilegio

Athiany: Los derechos sexuales y reproductivos cuando se dieron, se marcaron en la reproductividad y en la desigualdad que tiene la mujer

llámese así nacida. Cuando nosotras las trans queremos integrarnos al tema del feminismo lo vemos un poco distante.: “si aún tienes en la entrepierna algo que no es vagina entonces no puedo considerarte mujer”. Yo no he tenido problemas dentro del feminismo de involucrarme como igual con las mujeres así nacidas, independientemente de la corporeidad que tenga. No es así con mis otras compañeras que aún ven el tema genital como la traba. Incluso no solo el tema genital, también la educación. A nosotras nos criaron como varón, tenemos ese tatuaje indeleble de machismo que nos incorporaron, que, es más, si me meten mano en la nalga y no me gusta el chico, ¡lo golpeo en un dos por tres! No es así con una mujer así criada y nacida, que la educaron para no responder y quedarse impávida. Esa educación de macho, de hombre, que nos marcaron, ha sido uno de los ejes: “ustedes no pueden ser mujeres por que no son calladas, siempre andan en violencia, siempre son agresivas”. Hay que considerar ese análisis porque aunque traicionamos esa parte de vernos, expresarnos como hombre, la parte del comportamiento agresivo o violento no es tan fácil de borrar.

Silke: Eso es un tema importante porque se menciona muchas veces como reto para incluir a las personas trans dentro del feminismo. Creo que hay varias cosas que se pueden decir al respecto. Criarse como hombre no significa no tener problemas con las construcciones de género o no experimentar discriminación de género por no conformarse con la normatividad de ser hombre.

Athiany: En un aspecto coincidimos: hay esencialismos de los estereotipos de masculinidad y feminidad. Erróneamente reproducimos esas enseñanzas machistas porque hasta las mismas mujeres lo hacen. El feminismo a mí me ha enseñado a ser mujer sin remarcar mucho los estereotipos. [...]. Me miro como la típica mujer común y corriente, y lo que recibo más es el acoso, igual que mis compañeras así nacidas Y eso me ha enseñado el feminismo, que nosotras las mujeres trans vivimos la misma violencia, igualita que las mujeres así nacidas. Lo que pasa

es que, y lo vuelvo a recalcar, a mí me enseñaron a defenderme, me definiendo y no tengo problemas de andar en la calle incluso a media noche. A mis compañeras mujeres así nacidas no les enseñaron eso. Además, si yo me corto el pelo, me visto floja, con ropa considerada del género masculino, yo tengo acceso a trabajo, yo puedo meterme al mercado laboral y ser reconocida como hombre.

Juana: En cuanto al tema de la violencia, Athiany decía: “Yo voy por las calles y me siento que estoy empoderada y que puedo reaccionar.” Pero no todas las mujeres tenemos el mismo tipo de reacción. Yo creo que si tenemos derecho a considerarnos vulnerables. Porque yo estoy completamente segura de que a pesar de habernos construido un discurso de empoderamiento, de salir a la calle y de reaccionar, cuando estamos frente a una situación de violencia nos coloca en una posición vulnerable. Yo creo que muchas de nosotras también nos callamos y no reaccionamos. A mí si me ha tocado ir por la calle y que me digan cosas que son muy destructivas, y yo trato de agarrarme de ese discurso de que puedo reaccionar, pero muchas veces esas palabras calan y nos duelen. Porque nosotras nos agarramos de esas palabras de empoderamiento para demostrar que podemos reaccionar y podemos dejar sin palabras al agresor, pero claro que nos ponemos vulnerables, claro que nos toca. Yo creo que tenemos derecho a sentirnos así, porque no somos de hierro, porque realmente sentimos, y la violencia machista es tan jodida que nos hace ponernos en una posición en la que realmente estamos en pedacitos, como un rompecabezas.

Silke: Me gustó mucho lo que estaba diciendo Juanita, cuando decías que a veces te sentís vulnerable cuando te molestan en la calle, que no es como que sos el macho y no importa y no te llega. Creo que a veces pensamos en una forma muy estereotípica de lo que significa ser mujer y lo que significa ser hombre, y que si crecés como hombre tu experiencia se reduce a una experiencia de privilegios. Y yo creo que no hay que confundir el punto de que, en términos estructurales,

lo masculino se valora más y que los hombres tienen más poder que las mujeres, pero que a nivel personal los hombres no experimentan el sistema de género exclusivamente en términos de privilegios, especialmente cuando no se conforman con las normas de género. Entonces una persona que nació con cuerpo masculino, pero se identifica con lo femenino, probablemente tuvo una niñez de muy poco privilegio, y tiene una experiencia diaria que es de muy poco privilegio. Mientras que mujeres que se conforman con las normas de género pueden experimentar bastante privilegio dentro del sistema de género. Al mismo tiempo, si el “problema” con las mujeres trans es que se criaron con el privilegio masculino, entonces significaría que no sería ningún problema aceptar en el movimiento feminista a los hombres trans, es decir, a las personas que nacieron con cuerpo de mujer y se masculinizaron, dado que tienen la socialización de mujeres. Pero eso también es un punto de debate, entonces me parece que hay algo más ahí.

María Teresa: Yo, aparte de ser muy empática con su experiencia e incluso con su decisión, temporal o no, de hacer un alto y protegerse frente a las agresiones, entiendo que la Juanita está volviendo a un refugio al que lamentablemente las mujeres biológicas no tenemos posibilidad de regresar⁴. Yo oigo a las mujeres jóvenes decir, “es una guerra salir a la calle”, porque el hostigamiento es enorme. Oigo también a hombres gay afeminados decir, “para mi subirme al bus es siempre un problema; estar en espacios públicos donde hay hombres es siempre un problema”. Puedo entender que la vida se convierte a veces en una permanente actitud defensiva que va desgastando a cualquier ser humano. También porque la transgeneridad no es un tema que solo está atravesado por el género, sino por la clase. Las trans de clase alta con certeza no se van a enfrentar a los niveles de agresión y de violencia que enfrentan las trans pobres. Yo creo también que es importante reconocer hasta dónde las agresiones sexistas, machistas, homofóbicas, transfóbicas nos

⁴ Por varios años Juana había tenido una presentación feme - masculina. Ahora tiene el cabello corto y ha empezado a dejarse la barba y a vestir pantalones de mezclilla y camisetas, aunque sigue refiriéndose a sí misma como mujer.

dañan. El feminismo ha construido su relato histórico sobre la base de documentar el daño que el patriarcado y otros sistemas de opresión han hecho sobre las mujeres. No hacerlo, en mi opinión, es relativizarlo o es evadirlo, y desde esa postura no se construyen plataformas reivindicativas que realmente le permitan a la sociedad darse cuenta y hacerse cargo del daño que estos sistemas de discriminación y de opresión generan sobre estos cuerpos, sobre los cuerpos de las mujeres, trans o no, los cuerpos negros, los cuerpos lésbicos, los cuerpos indígenas, sobre todos los cuerpos que han estado subordinados a estos sistemas.

Performance de género, estereotipos y la agenda política feminista: feminidad estereotípica como un desafío para la participación trans

Ana Q: Hay un sector mayoritario dentro del feminismo y las organizaciones de mujeres que ven la transgeneridad todavía con una cuota muy alta de transfobia, por el desconocimiento e incomprensión de los procesos, pero también porque muchas compañeras trans priorizan lo externo, llevándolo hasta extremos. Lo que buscan es llamar la atención sobre la apariencia y en algunos casos imitar los aspectos “femeninos” de las mujeres. Y en eso chocan con lo que hemos venido planteando desde el feminismo con relación a la apariencia, a los prejuicios, a la expectativa de que las mujeres debemos pintarnos mucho, usar tacones, vestirnos como si fuéramos princesas todo el tiempo. A eso se le suma lo que planteaba Athiany, de haber sido criadas dentro de esquemas machistas y siendo portadoras de ese aspecto de machos que reaccionan conforme a los patrones de macho, aunque en la apariencia sea otra cosa. Otro elemento de encontronazo entre las compañeras del movimiento y algunos grupos de trans son cuestiones como los concursos de belleza o el trabajo sexual. Ambos temas en buena medida han sido rechazados por las organizaciones feministas. Entonces ahí hay un motivo de choque sistemático. Y a la hora de plantear las reivindicaciones también encontramos ese choque. Difícilmente una organización

feminista va a reivindicar mucho el tema del trabajo sexual. No ha sido una de las discusiones, pero no es algo que reivindicamos.

Athiany: El sistema sabemos que nos vende un estereotipo femenino enmarcado en tacones, maquillaje y todo eso, así como la mujer sumisa. Entonces, ¿qué es lo que hacen las trans? Las trans, para ser reconocidas como mujer y aceptadas por el sistema van a recalcar esos estereotipos femeninos. Los estereotipos de Miss Universo que proliferan en muchos eventos, llámese Miss Gay o Miss Trans, se ajustan a lo que el sistema me dice que define a la mujer más bella: ser 90-60-90, muy maquillada, con bellos vestidos, culo y tetas. Ok, entonces las trans tenemos que ser eso. Ah, pero las misses [refiriéndose a las mujeres cis-género] también han ganado trabajo, ya sea de modelo o de otra manera, y también autonomía. Pero como a las trans les falta esa parte biológica en la entrepierna, se quedan con la otra parte de ser mujeres, sin oportunidades de farándula: en ser la que se va a buscar un hombre para que la valore como mujer y hacer lo que le pide, ser la sumisa, la cocinera, la buena doméstica, la buena limpiadora. Esos estereotipos se han marcado y es bien difícil cambiarlos. Yo era así, pero ya vine aprendiendo dentro del feminismo que el ser mujer no significa que remarque todos esos estereotipos que el sistema machista manda.

Juana: Yo sí quisiera hablar ante todo de la conexión que ha tenido el tema de la transgeneridad con el feminismo, pero también del vínculo que ha habido entre las trans y las feministas. La inmensa mayoría de las trans venimos de un mundo de marginación total, y por ende nosotras no estamos dispuestas a renunciar a esa idea y esa figura de feminidad que nos han dicho. La cultura nos enseña cómo tenemos que ser mujeres. A una trans no le importa tanto que otras mujeres no la reconozcan como una mujer, le da igual. Pero sí le interesa profundamente que los hombres la reconozcan como mujer. ¿Por qué? Porque la mayoría de nosotras tenemos la idea de que si somos mujeres nos tienen que gustar los hombres y tenemos que cumplir con el requisito

de vernos y construirnos como una mujer, para que principalmente los hombres nos reconozcan como tal. Evidentemente sí hay una ruptura entre las trans y el feminismo en este aspecto, porque el feminismo nos cuestiona y nos lleva a preguntarnos, ¿para nosotras, qué es ser mujer? ¿Qué es lo que nos define a nosotras como mujeres? ¿Será la apariencia? ¿Será que si tengo unas tetas, una vagina, eso me define como mujer? ¿Cómo es que realmente pensamos las mujeres? A mi, por ejemplo, el feminismo me cuestionó eso. ¿Qué es ser mujer para mí? Porque yo no pienso igual que la Athiany, ni pienso igual que la Ana. Entonces no es cierto que seamos mujeres porque todas pensamos igual.

Silke: Yo siento que la opresión de género no solamente se expresa en términos de la desventaja y los estereotipos en relación con lo femenino, sino también en la libertad—o la falta de libertad—que tienen las mujeres de expresar su masculinidad. Y esto es algo que ocurre a nivel de la sociedad en general, pero también dentro del feminismo. ¿Qué es lo que nos oprime? Si como feministas estamos cuestionando los estereotipos de lo femenino, tenemos que evitar plantear otra forma normativa de ser mujer dentro del feminismo, pues esto puede ser igualmente opresivo. Según algunas posturas dentro del feminismo, no podemos ser muy femeninas porque somos acusadas de ser “tradicionales”, pero tampoco podemos ser muy masculinas porque entonces somos acusadas de estar buscando el privilegio masculino y dejando de ser mujer. Hay también un discurso opresivo en eso.

María Teresa: Para todas las mujeres que tenemos esta incomodidad con los binarismos de género, no encajar en las normas es una tensión latente. El tema de la transgeneridad va mucho más allá de los cuerpos que transgreden estéticamente. Yo creo que una de las tensiones más importantes que tenemos las feministas con muchas mujeres trans es que, en su experiencia, la transgresión se ha quedado en el nivel de la expresión estética y no ha ido más allá en términos del cuestionamiento de los binarismos y esencialismos de género, y sobre todo de

la jerarquía de poder de esos binarismos. Estoy hablando de un déficit de diálogo político en clave feminista. Yo no tengo ningún problema en reconocer la identidad de género asumida por la Athiany, la Juanita o quien sea, pero voy a dar con ellas las peleas, igual que las puedo dar con cualquier otra mujer u hombre, respecto de las posturas políticas acerca del ejercicio del poder. El tema de los concursos de belleza ha sido un talón de Aquiles para el feminismo, pues esto tiene implicaciones más allá de la pasarela, que puede resultar divertida y entretenida, porque al fin tenemos derecho a esas parodias, ¿no? Si lo hacen los heterosexuales y ganan montones de dinero, ¿por qué no podrían hacerlo otros grupos de la sociedad que han estado en los márgenes? Estoy segura de que a ninguna organización feminista se le ocurriría en sus cabales organizar un concurso de misses, porque detrás de eso hay todo un debate respecto a la cosificación y mercantilización del cuerpo de las mujeres. Ahí tenemos un punto que no hemos debatido. En realidad, es en relación a las posturas políticas respecto al género donde creo que tenemos el desafío más importante.

Camilo: Varias personas han hablado de cómo hay una tendencia en muchas personas trans a identificarse con los ideales más tradicionales, patriarcales, en relación con esos temas. Yo creo que eso es problemático en la medida en que reproduce patrones de relación que desde el feminismo se han cuestionado. Pero, al mismo tiempo, coincido en que ha hecho falta una discusión más profunda sobre esto, porque creo que en esas formas de identificación hay un potencial de cuestionamiento, de des-estabilización y de problematización de esos ideales tradicionales. Esto no necesariamente lo hemos explorado o profundizado todo lo que se podría, y que pasa por buscar ese acercamiento que no siempre es fácil, o que no siempre se ha buscado de un lado o de otro.

Ana V: Para mí lo fascinante de la transgeneridad masculina o femenina es que son cuerpos que en sí mismos muestran la plasticidad del género. Todos somos trans de cierta manera; todos estamos actuando un géne-

ro, asumiendo ciertas características asociadas con ese género y otras no. Estamos como en una escala. Pero creo que a pesar de que muchas trans mujeres asumen características femeninas tradicionales, lo hacen en un cuerpo en donde no se supone que deberían representarse. A mí en ese sentido los concursos de belleza de las trans no me chocan tanto como los de las mujeres cis-género. Si bien hay una exacerbación de esa feminidad tradicional, es en cuerpos que no nacieron para mostrar eso, entonces ahí hay un potencial de discusión y de propuesta política.

***Inclusión en espacios, preservación de espacios:
cuerpos, identidades y espacios feministas***

Geni: Para mí el debate que se ha dado y genera confusión es el asunto de la inclusión de las mujeres trans en determinados espacios. A nivel teórico lo tenemos mucho más claro, aunque hora ya no hay nada claro que pueda definir qué es ser mujer. Pero luego a un nivel más práctico, cuando se trata de abrir o cerrar la participación en ciertos espacios, creo que hay mucha confusión. Hay algo de rechazo o de temor, y un deseo de preservar ciertas condiciones para la participación, porque ha costado mucho y cuesta todavía preservar espacios de participación donde las mujeres, aunque no seamos iguales todas entre sí, podamos estar participando con mayor libertad.

Ana Q: Creo que para seguirle echando salsa a este guiso, si bien la transgeneridad femenina y el feminismo no hemos tenido un encuentro suficientemente amplio y no hemos tenido suficiente reflexión colectiva, si a esto le metemos la transgeneridad masculina, que son mujeres así nacidas con una identidad masculina, como dice Geni, “tenemos claro que no tenemos nada claro”. El tema de la transgeneridad masculina es que, si las mujeres somos invisibles, si las lesbianas somos aún más invisibles que las mujeres que caen dentro de la heteronormatividad, las trans masculinas son la invisibilidad de lo invisible. Ya ahí llegamos al punto más extremo, y poco reconocemos a ese grupo y a su proble-

mática. ¿Cómo podemos propiciar que tengan un mayor espacio? No nos lo planteamos, ni siquiera dentro de las organizaciones trans por lo que yo he visto, y en algunos casos les han dicho, “¡o sos lesbiana, o te haces lesbiana, o aquí no estás!” A esto se le agrega el papel de la cooperación, especialmente a partir de definiciones que los mercaderes del sida han venido metiendo en los últimos años, que los grupos de riesgo son los HSH, las transgéneras y las trabajadoras sexuales. Esto deja por fuera a las mujeres y ha llevado a una competencia por fondos entre las organizaciones de mujeres y las organizaciones trans.

Creo que para las feministas, como bien planteaba Geni, no debería ser tan difícil comprender las reivindicaciones de las trans. Muchas veces no es que sea difícil de entender, el punto es lo difícil que resulta aceptarlas en el espacio. Es una cuestión más de espacios que de compartir puntos de reflexión o, más bien, banderas de lucha. Y lo otro es claramente el tema del “feministómetro”, y el pensar que cualquier espacio de mujeres, cualquier espacio feminista, por ser de mujeres debe estar abierto a cualquier trans. En ese sentido las feministas somos un poco celosas. Los espacios de feministas son para feministas y no para cualquiera. No somos “mujeristas” en ese sentido.

Juana: Yo siento que ha habido una ausencia del tema trans dentro del movimiento feminista. No ha sido una prioridad debatir el tema cuando en realidad somos las trans las que hemos cuestionado el binarismo de género. Y hemos dicho, pues no es cierto que hay una esencia de lo masculino ni de lo femenino. ¿Es un tema pendiente dentro del movimiento? Lo es. ¿Se ha hablado? Sí, se ha hablado, pero solo pinceladas, porque para muchas compañeras no es un tema de prioridad. Y es tan evidente. Por ejemplo, a ver, ¿cuántas feministas o cuántas organizaciones de mujeres participan en la marcha del 28 de junio? Pocas, casi nadie. ¿Y cuántas trans hay que estén realmente en la lucha de debatir que los derechos de las mujeres son también prioridad de nosotras? He estado presente en muchas actividades yo y, por ejemplo, muchas trans y muchas mujeres biológicas dicen, “pero es que hay trans que no van

a la marcha del aborto”. Y dicen las trans, “es que a mí no me convoca el tema del aborto, porque yo nunca voy a abortar”. ¡Pero claro que me convoca! ¿Cómo no nos va a convocar? Si es un tema de derechos humanos y es un tema de demandar el respeto de la vida y los cuerpos de las mujeres. ¿Cómo yo no me voy a colocar desde una posición política?

Ana V: Sobre lo que dijo Juanita, de que no se ha debatido a profundidad este tema, yo me preguntaba, ¿por qué no lo tocamos más? ¿No será que también nos causa ansiedad el cuestionar qué es ser mujer o quiénes son las mujeres que deberían estar en ese espacio feminista? Por un lado, es el feministómetro, que tiene que ver con hasta dónde estamos comprometidas con la lucha política feminista. Pero, por otro lado, está la identidad de ser mujer. Yo, por ser mujer, no significa que pienso igual que vos, ni las feministas pensamos todas lo mismo sobre un montón de temas. Siento que en el fondo, es un cuestionamiento a nuestra misma identificación como mujeres, que no sabemos resolver aún, y que en lugar de hablarlo mejor lo dejamos para otro momento.

Geni: Detrás de ese miedo o esa falta de debate hay cierta ansiedad, como un vértigo. Estábamos muy cómodas instaladas en que el sexo es algo natural y dado y no cuestionado, y que lo que era construido socialmente es el género. Y empezamos a cuestionar eso y asumimos que también el cuerpo es una construcción social. A nivel teórico no cuesta tanto, lo que cuesta es trasladar eso a lo cotidiano, a las relaciones, a qué implica en el movimiento, a qué modelos. O sea, hemos construido un discurso y un movimiento feminista a partir de crear esa identidad en el reconocimiento de que todas somos mujeres. Hemos incluido el discurso de la diversidad pero a un nivel muy superficial. Y ahora estamos hablando de la interseccionalidad, pero tampoco hemos logrado realmente dar cuenta e integrar en el debate, en las reflexiones, en la agenda feminista, todo el cuestionamiento en esa diversidad de opresiones que vivimos las mujeres en función de otros ejes de opresión. Lógicamente, en ese mar de confusiones igual nos cuesta incluir otro eje, la transexualidad.

Esto no debería de ser una excusa. Yo creo que esto nos debería poner a pensar y a trabajar más en cómo podemos—y si realmente queremos—construir posibilidades de vivir en mayor libertad para todas las personas, independientemente de los cuerpos, independientemente del deseo, independientemente de otras posiciones o situaciones en las que vivimos. No hay tanto problema en integrar reivindicaciones en la agenda. El problema es más bien quién participa en cuáles espacios. Yo creo que detrás de esto también está ese miedo que proviene de lo mucho que cuesta preservar esos espacios de debate y organización que se han construido desde ese ser mujeres feministas. Creo que detrás de ese miedo a abrir el espacio a la participación de las trans, está ese miedo a que después se abra el espacio a la participación de los hombres, y la experiencia a ese respecto hasta ahora no ha sido muy positiva.

María Teresa: Yo creo que es distinta la preocupación que tenemos en el debate con las trans, que en el debate que tenemos con los hombres pro-igualdad. Hay una postura que dice “el machismo daña a los hombres”, y que deliberadamente omite el daño que el machismo y que los hombres machistas provocan a las mujeres. Un planteamiento más honrado es decir que la mayor parte de los hombres no están dispuestos a desmontar los privilegios que les da la cultura sexista. Y si los privilegios no fueran más importantes que el sufrimiento, ellos mismos habrían cambiado hace muchos siglos y el feminismo no tendría razón de ser. Y ahí es donde conecto esta tensión que tenemos las feministas en la relación con los hombres que han suscrito este discurso por la igualdad. Porque de repente encontrás hombres que asumen el discurso, pero que luego quieren competir de mala fe con las feministas, quieren descalificar los discursos feministas y quieren además debilitar al movimiento como actor político. Evidentemente las feministas estamos atentas a eso y vamos a ir evaluando hasta dónde es un discurso auténtico, es una postura política que suma a un movimiento legítimo o es una postura más bien oportunista. Pero esto también nos podría pasar con otros cuerpos, ¿no? A propósito de este debate, de si solo es la estética de gé-

nero o es realmente una postura política que cuestione los binarismos de género. Me parece que a ese respecto hace falta mucho más debate.

Ana V: Quería retomar lo que venía diciendo María Teresa. A mí me quedó la idea de que lo importante no es tanto cuál es ese cuerpo que está ubicándose en el espacio feminista, sino la agenda o la postura política que tiene, sobre todo en relación con las trans. Con los hombres creo que es un debate más delicado, porque si algo hay en común es lo que mencionaba Silke. Es decir, todos estamos de alguna manera expuestos—trans hombres, trans mujeres y mujeres—en este sistema sexo-genérico dominante. Tenemos sistemas de opresión que afectan a los hombres de forma diferente, y en ese sentido creo que tenemos una relación que permite mayor apertura a las trans que a los hombres en ciertos espacios feministas. Pero, decía la Tere, es importante hasta dónde se asume esta postura política. Entonces yo creo que ahí entra el debate de la Geni. ¿Hasta dónde la política o agenda feminista está tan consensuada incluso entre mujeres—cis-mujeres, mujeres biológicas? Me parece que el problema es de criterios de inclusión, que tiene que ver con una postura política y una agenda política relacionada con los cuerpos y el género, pero también relacionada con otros aspectos que son los que han traído dificultades entre mujeres.

Ana Q: En esta misma dirección hemos conversado con algunos trans, tratando de entender por qué su reacción ante el feminismo, porque muchas de las trans abiertamente plantean e insisten en que son mujeres no feministas. Y que no son feministas porque no se quieren pelear con el gobierno⁵, que no son feministas porque están por la cuestión de la belleza entendida desde una perspectiva absolutamente tradicional. Y tampoco es como que las trans están atropellándose por acercarse a las organizaciones feministas, más que en cosas bien puntuales. Igual que muchísimas mujeres, tienen una actitud de prejuicio hacia

5 Un subtexto importante de este debate es el contexto político en Nicaragua, en el cual el gobierno sandinista ha antagonizado al movimiento feminista, mientras simultáneamente trata de cooptar al movimiento LGBT (Heumann, 2014; Kampwirth, 2014).

el feminismo, y eso hace el debate muy complicado. Entonces creo que el evadir el debate es recíproco. Hemos sido unas cuantas las que nos estamos conflictuando con ese debate de por qué deberíamos ser mas abiertas. Creo, como Geni, que hay una negativa de parte nuestra a seguirnos conflictuando. Ya nos conflictuamos con suficientes cosas en general, ¿y ahora conflictuarnos entre nosotras mismas con un debate sobre qué es ser mujer? Ya como que los pies se nos empiezan a poner gelatinosos, la base de nuestros planteamientos se pone un poco débil, en el sentido de, “¿entonces, qué rayos voy a creer?”

***Puntos de convergencia: diálogo, política
de coalición, agendas comunes***

Geni: En lo que hemos planteado podemos identificar temas de conflicto. Han señalado claramente el tema de que las trans femeninas están buscando como reforzar y asumir los estereotipos femeninos en una forma extrema y superflua, mientras que las feministas hemos estado luchando contra esos estereotipos; el tema de si las trans renuncian o no a esos privilegios y a esa construcción de haber sido criadas como hombres; y también el tema de que el movimiento de mujeres, el movimiento feminista, se ha construido a partir de su identidad colectiva de ser mujeres. Esos serían los temas que están en conflicto. Pero a la vez hay otros temas que sí que permiten esa confluencia y podrían identificarse en común. Si desde el feminismo demandamos libertad sexual y el derecho a decidir sobre nuestros cuerpos, y tratamos de manera crítica a esa construcción opuesta y binaria de las identidades, ahí hay un terreno en donde encontraríamos confluencia.

Camilo: Para mi una cosa bien interesante que ha salido en el diálogo, es el cómo concebimos el hacer políticas desde el feminismo. Algo que pone de relevancia esta relación entre el feminismo y lo transgénero es el ver la política feminista como una política de alianza en torno a un interés compartido, que a mi modo de ver sería el interés por

cuestionar el orden de género patriarcal. Pienso yo que ese interés compartido proviene de experiencias distintas en esa relación con el patriarcado. Algunas de las personas que compartimos este interés han vivido maneras específicas de opresión patriarcal, por ejemplo, por el hecho de haber nacido como mujeres o por el hecho de haber sido identificados como hombres al momento de nacer, pero haberse identificado después como mujeres. Otras personas vivimos el patriarcado desde una posición de privilegio, como las personas que nacimos como hombres y nos identificamos y nos identifican como hombres. Entonces creo que este interés compartido no borra, ni debería borrar, ni debería hacernos olvidar las experiencias muy particulares desde donde cada quien vive y se relaciona con ese orden patriarcal. Pero entonces para mí la política feminista implica esa posibilidad de crear alianza desde estas posiciones y desde estas experiencias particulares, en torno a ese objetivo compartido. Al mismo tiempo, me parece que hay momentos en los que es valioso, importante, estratégico también reunirnos, aglutinarnos o trabajar en torno a estas formas muy particulares de opresión que comparten algunas personas y otras no. Por ejemplo, hay momentos en los que puede ser estratégico que, por ejemplo, las mujeres trans tengan espacios de diálogo entre mujeres trans, para hablar de experiencias muy específicas que quizás comparten entre ellas. Lo mismo para los hombres trans, o las mujeres así nacidas, o los hombres pro-igualdad. O sea que también hay momentos en los que es estratégico reunirse o aglutinarse o trabajar en torno a estas identidades, que si bien son construidas, tienen efectos reales en nuestra experiencia de vida y en la forma en que experimentamos, en la forma en que vivimos en esta sociedad patriarcal. Y al mismo tiempo creo que no hay que olvidar el valor de esa alianza que podemos crear con personas con otras experiencias.

María Teresa: Yo veo que si tenemos un punto de convergencia las trans y las feministas. El punto es que no hemos terminado de darnos cuenta. Y que es un punto de convergencia paradigmático sin el cual, ninguna

de las dos agendas va a tener mayores posibilidades de profundizarse. No hay manera de que nuestras agendas se desarrollen, se multipliquen, impacten en la consciencia de la sociedad, en las prácticas cotidianas, si no nos metemos a fondo con el cuestionamiento a los esencialismos de género. Eso es un punto de convergencia. Ni las feministas ni las trans nos hemos dado cuenta del calado de este punto de convergencia. Y eso tiene que ver, en el caso de Nicaragua, con la existencia de un movimiento feminista con una tradición liberal, de las feministas ilustradas que tenían una apuesta más por los cambios en políticas públicas, y hemos invertido muy pocos esfuerzos en procesos de reflexión, y de construcción desde apuestas más emancipatorias que impliquen un cambio en nuestras propias formas de estar en la vida y de relacionarnos.

Yo me acuerdo que los primeros ciclos de reflexión que hicimos desde La Corriente con las compañeras trans empezaron en el 2010. Los debates que ahí teníamos eran súper aleccionadores, y en esos también las feministas íbamos aprendiendo. Encontramos un terreno común en cómo las mujeres trans y no-trans se relacionan con los hombres en términos de sexualidad, amor, trabajo doméstico y trabajo sexual. Son discusiones de gran calado, pero no solo de las mujeres trans, sino también de las mujeres bio que están conflictuadas en estos estrechos límites. Para mí es crucial debatir, pero en clave política, pues para construir alianzas es necesario bucear más profundamente en estos lenguajes del cuerpo.

Yo sí creo que hay una buena parte de las feministas nicaragüenses de mi generación que han estado abiertas al diálogo. Veo con contentura que hay organizaciones feministas, incluso rurales, que cada vez tienen más apertura a la inclusión de los cuerpos, no solo del discurso sobre los cuerpos, sino de estos cuerpos de la transgeneridad. Veo colectivos que ya dentro de sus equipos de trabajo, dentro de sus acciones de capacitación, están incorporando no solo a las trans, sino también lesbianas y gays. Y eso me parece un dato saludable políticamente. Creo, sin embargo, que el tema de cómo expandir la agenda, de cómo hacerla más expresiva de los distintos cuerpos, es un dato que solo pudo haberse colocado en un momento de mayores desafíos y de una

mejor comprensión del debate sobre la intersección. Pasamos del sujeto único, del sujeto mujer singular homogéneo, a un sujeto plural, y eso requiere de mucho debate. Para mí el dato principal es que no deberíamos dejarnos atrapar por la coyuntura. Algunas alianzas me temo que han sido más pragmáticas, que han sido en el marco de proyectos, de posibilidad de obtener dinero, y yo siento que estas son las que menos impacto tienen. Son más lentas, pero más significativas, más educativas, más pedagógicas y más transgresoras políticamente, aquellas alianzas que no están mediadas por esos intereses pragmáticos. Entonces, por ejemplo, si las trans o los grupos lesbicos no se quieren confrontar con el gobierno porque piensan que hay posibilidad de que se apruebe una ley que garantice la diversidad de género, tienen derecho a intentarlo. Muchas feministas en Nicaragua han intentado toda su vida cambiar al estado e influir las políticas públicas. Si este joven movimiento quiere intentarlo, que lo intente. Y eso no debería de ser un obstáculo para construir alianzas paradigmáticas con estos puntos de convergencia que van más allá de un determinado contexto político.

Reflexiones y observaciones finales

En Nicaragua existe apertura en el movimiento feminista para incluir temas transgénero dentro de la agenda política feminista, al menos en la medida en que esos temas se consideran compatibles con las concepciones del feminismo de las feministas cisgénero. Al mismo tiempo, existe ambivalencia y vacilación respecto a la inclusión de cuerpos trans concretos dentro de los espacios feministas.

Las diferentes posturas frente a la inclusión trans en el feminismo nicaragüense pueden verse en correspondencia con diferentes concepciones sobre el vínculo entre cuerpo, posición social y configuración de la subjetividad. Quienes asumen un vínculo más directo e inmutable entre estas tres dimensiones tienden a considerar que tener un cuerpo de varón o de mujer conduce invariablemente a unos conjuntos de experiencias distintas que posibilitan o imposibilitan el desarrollo de una conciencia feminista.

Esta perspectiva prescribe una relación particular entre sexo y género como la base para la constitución de un sujeto feminista legítimo (Butler, 1999 [1990]). La relación entre mujeridad, feminidad y feminismo así prescrita está basada en un “fundacionalismo biológico” (Nicholson, 1994), es decir, en la idea de que la identidad de género está anclada, en última instancia, en la realidad biológica y material del cuerpo sexuado, puesto que es en respuesta a este cuerpo que las fuerzas socioculturales moldean una subjetividad generizada y la inscriben en relaciones patriarcales de dominación y sumisión, y que, por su parte, es en respuesta a estas experiencias de opresión que una conciencia feminista puede emerger.

Como ya ha argumentado Nicholson (1994), definir el sujeto político del feminismo a partir de este fundacionalismo biológico ha resultado útil para cuestionar la naturalización de la opresión patriarcal, al orientar la mirada hacia los procesos socioculturales que construyen el género sobre la base del sexo biológico, en lugar de presentar esta forma de opresión como determinada por la biología. Además, al ubicar el cuerpo sexuado como el fundamento material de los procesos socioculturales de construcción de la feminidad en oposición y subordinación a la masculinidad, estas concepciones han contribuido a constituir a las mujeres como una categoría política unificada, con base en sus experiencias comunes de opresión patriarcal, a pesar de sus diferencias y las otras formas de opresión que grupos particulares de mujeres enfrentan. Sin embargo, estas concepciones también tienen efectos sumamente problemáticos.

La perspectiva fundacionalista asume que los cuerpos pueden ser clasificados en las categorías binarias, discretas y permanentes de hombre y mujer, e ignora los elementos comunes, las continuidades y los tránsitos entre estas categorías (Fausto-Sterling, 2000). Una política feminista basada en esta visión encontrará grandes dificultades para lidiar con los cuerpos que desafían las concepciones binarias del sexo o que parecen ambiguos desde esa perspectiva binaria, como los cuerpos intersexuales, o con los cuerpos que no pueden ser clasificados de forma permanente en una categoría o la otra, como los cuerpos trans. Por un lado, esta perspectiva fundacionalista se vio reflejada en nuestro diálogo en la idea de que

las mujeres trans invariablemente experimentan una socialización de privilegios masculinos, que tienen la posibilidad de recurrir al privilegio masculino en cualquier momento, y que esto representaba una relación de complicidad latente con el patriarcado. Por otro lado, las discusiones en torno a las similitudes y diferencias entre las mujeres transgénero y cisgénero en sus procesos de socialización, sus experiencias de violencia masculina y discriminación, y sus posibilidades de confrontar esa violencia reflejaban una postura diferente, que ponía de relieve la manera en que los cuerpos y las subjetividades trans desafiaban la pretendida estabilidad de la relación entre cuerpo y subjetividad.

En segundo lugar, al oscurecer la diversidad de experiencias y desbalances de poder entre distintos grupos de mujeres, el “fundacionalismo biológico” termina por privilegiar y universalizar las perspectivas de un conjunto particular de mujeres respecto a lo que es la opresión patriarcal y cómo debería combatirse. En América Latina, así como en otras regiones del mundo, existen marcadas diferencias entre mujeres, en términos de clase, etnicidad, sexualidad y otros vectores de poder, y cualquier política emancipatoria precisa tomar en cuenta esas diferencias, en lugar de oscurecerlas. Por tanto, cuando las feministas cis-género expresan que la inclusión de las mujeres trans se basa en su aceptación de la agenda política del feminismo, esto parece descansar en la suposición de que existe una agenda unificada y de que sus puntos de vista representan los “verdaderos” y legítimos principios feministas. Esto se vio reflejado en el debate sobre el performance de género de las mujeres trans. Para algunas feministas, este performance es visto como una reproducción de estereotipos femeninos que han jugado un papel importante en la opresión de las mujeres y que, por lo tanto, deberían ser rechazados. Es visto a su vez, como algo que las mujeres trans hacen por elección, y como una demostración exagerada de feminidad que obedece a fines y preocupaciones meramente estéticas. Esto es percibido como “anti-feminista”, puesto que es considerado como ajeno e incluso contrario a las “verdaderas” preocupaciones políticas del feminismo. Para otras feministas, el performance transgénero tiene motivaciones y significados

muy diferentes. Muchas mujeres trans lo experimentan como una búsqueda de pertenencia y reconocimiento como mujeres en una sociedad heteronormativa, incluso cuando son conscientes y reflexivas al respecto. Varias participantes también señalaron que tanto las mujeres trans como las mujeres cis reproducen estereotipos de género normativos en su búsqueda de aceptación en una sociedad heteronormativa.

En relación con esto, algunas autoras han destacado cómo las visiones escencialistas del género dentro del feminismo se han vinculado también con visiones muy particulares de la sexualidad, que conciben a esta última como patrimonio de los hombres, y como un instrumento de dominación masculina que resalta la objetivación y victimización sexual de las mujeres. En el debate, esta visión se vio reflejada en la importancia que tomó el tema de la violencia (sexual) masculina y en las preocupaciones expresadas sobre la estética y el performance de género sexualizados e hiperfeminizados de las mujeres trans, así como su activismo por los derechos de las trabajadoras sexuales.

Feministas queer y con posturas positivas respecto a la sexualidad han cuestionado que la sexualidad puede ser entendida adecuadamente sólo en el marco de la desigualdad de género, y han invitado a un abordaje interseccional que reconozca el género y la sexualidad como modos de opresión distintos que interactúan entre sí y también con otras dimensiones del poder, como la clase y la raza (Rubin, 1999 [1984]; Richardson; McLaughlin & Casey, 2006). Además, han invitado a una perspectiva más positiva de la sexualidad, que subraye el placer y trascienda la visión de hombres y mujeres como victimarios y víctimas (Cornwall, Correa & Jolly, 2008; Vance, 1993).

La aprehensión expresada respecto a la estética trans y su inclusión en espacios feministas también tiene claras dimensiones de clase. Las mujeres trans están entre los grupos más marginados en la sociedad nicaragüense, dado sus bajos niveles de instrucción y sus precarias condiciones económicas. Como ha argumentado Lois McNay (2004), la feminidad es un lugar particularmente difícil de habitar para aquellas mujeres que no poseen el capital económico y social—como el nivel educativo, el éxito laboral o el prestigio social—que podría otorgarles algún grado de respetabilidad

social. Una de las únicas formas de capital que tienen disponibles son sus cuerpos y sus apariencias, y con frecuencia necesitan invertir fuertemente en ellos. Sin embargo, comparado con el inalcanzable ideal de feminidad de clase media, su propio performance de la feminidad muchas veces es considerado inapropiado o exagerado. Para estas mujeres, “la crítica feminista de la feminidad convencional socava una de las pocas maneras que tienen disponibles para alcanzar algún tipo de reconocimiento social, por pasajero e inestable que sea” (McNay, 2004: 187).

El trabajo sexual es otro tema complejo que intersecta género y clase. No existe una postura política unificada en el feminismo nicaragüense en relación con esta temática y es sólo recientemente que ha empezado a discutirse en algunos espacios feministas. La inclusión de los intereses de las mujeres trans en una agenda feminista tendría necesariamente que lidiar con este tema. La cuestión está en cómo llegamos a definir la agenda feminista, y qué tan abiertas estamos a redefinirla, para incluir asuntos relevantes para las personas transgénero y para otras mujeres.

Las cambiantes prioridades de la cooperación internacional para el desarrollo hacen más complejas las posibilidades de acercamiento entre distintos grupos, puesto que con frecuencia se encuentran en competencia por los fondos. Además, los intentos deliberados del gobierno por crear divisiones entre los movimientos feministas y LGBT ha dificultado la colaboración.

A pesar de las diferencias y tensiones, el diálogo reveló muchos puntos de convergencia entre feministas transgénero y cisgénero, y muchas posibilidades de enriquecimiento mutuo que pueden aportar tanto a la política trans, como a la política feminista, y mejorar nuestra comprensión de la interseccionalidad. Algunos de estos puntos de convergencia eran el interés común por cuestionar los esencialismos de género y por profundizar en la discusión sobre la libertad sexual.

Las comprensiones esencializadas del género y la sexualidad con frecuencia se reproducen tanto dentro del feminismo, como dentro del movimiento transgénero. Abandonar estas nociones esencialistas es crucial para entender las maneras en que las ideas patriarcales y heteronormativas sobre el género y la sexualidad nos afectan a todas

de formas distintas, pero interrelacionadas (Butler 1999 [1990]; Connell and Messerschmidt, 2005; Fausto-Sterling, 2000; Halberstam, 1998; Rubin, 1999 [1984]). Al mismo tiempo, es importante reconocer y discutir el hecho de que las identidades sexuales y de género con frecuencia se experimentan de un modo que se *siente* como natural y que está muy arraigado en la vivencia de nuestra subjetividad. Debemos tener presente que ser una persona que no se conforma con las normas de género (así como el ser una mujer), no necesariamente significa que se tenga el deseo de cuestionar el orden de género hegemónico. También existe un fuerte deseo de reconocimiento y de pertenencia. Al mismo tiempo, en el caso de las mujeres trans, incluso la expresión de estereotipos femeninos tradicionales puede ser interpretada como un desafío político al orden de género hegemónico, puesto que se trata de expresiones de género manifestadas en cuerpos que, según el orden heteronormativo, no están supuestos a ser femeninos, y que, por lo tanto, evidencian la plasticidad del género. Esta complejidad puede ser entendida a través de la noción de interseccionalidad propuesta por Ferree (2009), que va más allá de la localización estructural de los sujetos dentro de un orden jerárquico, y tiene en consideración cómo las posiciones, identidades y subjetividades sociales son constituidas por discursos sobre el género, la sexualidad, la raza, la clase y otros marcadores de desigualdad que se intersectan.

Una inclusión significativa de la política y de las personas trans dentro de la agenda y los movimientos feministas, implica adoptar una perspectiva que nos permita abordar de manera crítica, pero también empática, las suposiciones y las ideas que damos por sentadas, con respecto al género, la sexualidad y otras categorías sociales que moldean de modos complejos nuestros cuerpos, identidades, subjetividades y agendas, y que están conectadas con estructuras de desigualdad que dan forma a nuestras vidas cotidianas.

Referencias bibliográficas

ALCOFF, L. (1988), "Cultural Feminism versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory", en: *Signs*, Vol. 13, No. 3 (Spring, 1988), pp. 405-436.

ALVAREZ, S. E., FRIEDMAN, E. J., BECKMAN, E., BLACKWELL, M., CHINCHILLA, N., LEBON, N., NAVARRO, M. and RÍOS TOBAR, M (2002), "Encountering Latin American and Caribbean Feminisms", en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 28(2), pp. 537-579.

BLANDÓN, M.T.; Murguialday, C. & Vásquez, N. (2011), Los cuerpos del Feminismo Nicaragüense: Programa Feminista La Corriente. Disponible en: http://bd.cdmujeres.net/sites/default/files/documentos/publicaciones/cuerpos_feminismo_nicaraguense.pdf (Consultado el 2 de febrero de 2016)

BUTLER, J. (1997), "Merely Cultural: Queer Transexions of Race, Nation, and Gender", en: *Social Text* 52(53), pp. 265-277.

BUTLER, J. ([1990] 1999), *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*, New York & London, Routledge.

CONNELL, R.W., MESSERSCHIDT, J.W. (2005), "Hegemonic masculinities: Rethinking the Concept", en: *Gender and Society*, 19 (6), pp. 829-859.

Cornwall, A.; Correa, S. & Jolly, S. (2008), *Development with a body: Sexuality, Human Rights and Development*, New York & London, Zed Books.

XIII Encuentro Feminista Latinoamericano (EFLAC) (2014), Se debatirá la incorporación de todas las corporalidades en el próximo EFLAC. Disponible en: <http://13eflac.org/index.php/noticias/19-portada/153-se-debatira-incorporacion-de-todas-las-corporalidades-en-el-proximo-eflac>. (Consultado el 2 de febrero de 2016)

FAUSTO STERLING, A. (2000), *Sexing the body: Gender politics and the construction of sexuality*, New York, Basic Books.

FERREE, M. ROTH, S. (1998), "Gender, Class, and the Interaction between Social Movements: A Strike of West Berlin Day Care Workers", en: Special Issue: Gender and Social Movements, Part 1, *Gender and Society* Vol. 12 (No. 6), pp. 6-648.

FERREE, M. (2009), "Inequality, Intersectionality and the Politics of Discourse: framing feminist alliances", en: Lombardo Manuela, Meier Petra, and Verloo Mieke, *The discursive Politics of Gender Equality: Stretching, Bending and Policy-Making*, Routledge, pp. 86-103.

HALBERSTAM, J. (1998), *Female Masculinity*, Durham, Duke University Press.

HEUMANN, S. (2014), "The challenge of inclusive identities and solidarities: Discourses on gender and sexuality in the Nicaraguan women's movement and the legacy of Sandinismo", en: *Bulletin of Latin American Research*, 33(3), pp. 334-349.

KAMPWIRTH, K. (2014), "Organising the Hombre Nuevo Gay: LGBT Politics and the Second Sandinista Revolution", en: *Bulletin of Latin American Research*, 33(3): 319-333.

MCNAY, L. (2004), "Agency and experience: Gender as a lived relation", en: *The Sociological Review*, 52(s2), pp. 173-190.

MOGROVEJO, N. (2010), "Los encuentros lésbicos feministas latinoamericanos y del Caribe en la era del postfeminismo", en: *Revista Digital Universitaria*, 11(9). Disponible en: <http://www.revista.unam.mx/vol.11/num9/art86/art86.pdf> (Consultado el 2 de febrero de 2016)

Nicholson, L. (1994), *Interpreting Gender*, en: *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 20(1), pp. 79-105.

Programa Feminista La Corriente (2014) Qué nos dejó el XIII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Disponible en: <http://lacorrientenicaragua.org/que-nos-dejo-el-xiii-encuentro-feminista-latinoamericano-y-del-caribe> (Consultado el 2 de febrero de 2016)

RAMÍREZ MATEUS, A.L.& Castellanos Leal, D.E. (2013), “Autorizar una voz para desautorizar un cuerpo: producción discursiva del lesbianismo feminista oficial”, en: *Íconos-Revista de Ciencias Sociales* (45), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Ecuador, pp. 41–57.

Richardson, D.; McLaughlin, J. & Casey, M. (2006), *Intersections Between Feminist and Queer Theory: Sexualities, Cultures and Identities*, London, Palgrave Macmillan.

RIQUELME, C. (2004), *Historia del Movimiento Lésbico en América Latina*, Centro de Estudios Miguel Enrique (CEME), Archivo Chile Historia Político Social, Movimiento Popular. Disponible en: http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_mujeres/doc_muj_otros/MSdocmujotros0015.pdf (Consultado el 2 de febrero de 2016):

RUBIN, G. ([1984] 1999), “Thinking Sex: Notes for a radical theory of the politics of sexuality”, en: Parker Richard & Aggleton Peter, *Culture, Society and Sexuality, A reader*, London & New York, Rutledge, pp. 143- 178.

STERNBACH, Nancy SAPORTE, Marysa NAVARRO-ARANGUREN, Patricia CHUCHRYK, and Sonia E. ALVAREZ (1992), “Feminisms in Latin America: From Bogotá to San Bernardo”, en: *Signs*, 17(2), pp. 393–434.

SNITOW, A., STANSELL Ch., and Thompson Sh. (1983), *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, New York, Monthly Review Press

THOMPSON, B. (2002), "Multiracial Feminism: Recasting the Chronology of Second Wave Feminism", en: *Feminist Studies*, 28(2), p. 336.

VANCE, C. (1993), "More danger, more pleasure: A decade after the Barnard Sexuality Conference", en: *New York Law School Review*, pp. 289-317.

VALENTINE, D. (2007), *Imagining Transgender: An Ethnography of a Category*, Durham & London, Duke University Press.